

de Chile un pueblo a quien le place, más que ser actor en una historia de gran horizonte, ser espectador de deleznable episodios históricos? Lo que sea. Lo importante es que la resolución crematística de los diputados dió motivo al golpe de Estado. El presidente Alessandri embarcó para Europa. El general Altamirano se encargó del poder. No es fácil desde aquí seguir y comentar las incidencias de la política chilena—que este nuevo régimen equivalía también a una forma política.—¿Es que el general Altamirano ha defraudado las esperanzas que se fundaron en él? ¿Es que no le ha sido posible al general suplir con su mucha voluntad su poca inteligencia? ¿Es que han despertado más ambiciones? ¿Es que se ha sentido el afán de un nuevo espectáculo? Habría de vivirse en Chile para ir dando respuesta a estos interrogantes. Lo indudable es que si la vieja política, simbolizada en el presidente Alessandri no fué derribada por un movimiento de opinión popular, el general Altamirano no ha sido derribado por el empuje de la opinión tampoco. Un grupo de oficiales jóvenes es el que ha tomado con el general Altamirano la misma resolución que el general Altamirano tomó con el presidente Alessandri.

¿No se percibe, emplazado en distintas escenas y encarnados en distintos héroes, el mismo drama? Es el drama que ya anunciaron las Sagradas Escrituras, a los hombres, cuando les dijeron: «Los martillos que destruirán el templo, se forjarán dentro del templo mismo».

Tal es el estilo político de Marcelino Domingo. Equidistante de Roma y de Moscú, que con finalidades distintas inauguran idénticos métodos de acción política, se conforma con ser un buen liberal. Pero no un liberal antiguo de rígido perfil individualista. Para este liberal los problemas sociales existen y existe la obligación de los hombres de Estado de

buscar fórmulas de equilibrio y de armonía entre la riqueza y el trabajo. En cuanto al problema mismo de las dictaduras en Europa, su solución, por lo sencilla, es acaso la más difícil de alcanzar: Ni lo de antes ni lo de ahora.

Porque, siendo este el desideratum, faltan los hombres (¿o las masas?) capaces de forjar esa nueva fisonomía del Estado en que sueñan los descontentos de los regímenes actuales.—*Roberto Meza Fuentes.*

VOZ Y VOTO, por *Rafael Calteja.*

El título (1) puede hacernos temer algún grave tratado de derecho político inaccesible al profano lector o una colección de panfletos truculentos poco atrayente por demasiado accesible. Por suerte no es un libro técnico para especialistas ni un hacinamiento de carteles de propaganda para convencer a convencidos. Es el libro del equilibrio y la medida: ni un tratado ni un cartel.

Para fundar nuestro voto familiaricémonos desde luego con la voz del autor:

Descártese del título toda intención presuntuosa. Voz y voto, en el ágora; uso popular: no privilegio de elegidos. Rótulo, no enteramente arbitrario, de ademanes diversos ligados por un intento en todos latente: lanzar flechas de emoción, ojalá contagiosa, por si puede serlo, hacia sendos temas activos.

Antes de que muera nuestro siglo, ya apenas joven, se habrá cumplido

---

(1) *Voz y voto.* Historia Nueva. Madrid, 1929.

medio millar de años de la reconquista peninsular. La de su espíritu, la del alma española colectiva, no me parece estar sino iniciada.

Inmigraciones simultáneas, o muy próximas, de razas heterogéneas, provocan en un país crisis y peligros como Norteamérica los sufre ya en parte y en parte los teme aún. Invasiones sucesivas escalonadas durante anchos siglos pueden, como en España, dar un producto de rica complejidad, de sólida textura cuando depurado por la decantación llegan a la excelencia de este tipo humano que se llama español; tan insustituible como lo advierte el de nosotros que trasplanta su vida a tierra extraña.

No estamos sin duda ante un escritor brillante. Este es un hombre sereno, enemigo personal de la gesticulación y la ampulosidad. Sus períodos, lentos pero claros, no tienen música ni sirven para la declamación. Pero es un hombre que piensa y nos invita a la fiesta de su intimidad intelectual. Y a la verdad que gustamos de su compañía.

El hecho de que sea un español preocupado de los problemas nacionales de su patria mueve ya toda nuestra simpatía. Y esa simpatía crece cuando, como en el caso de Rafael Calleja, los problemas son tratados con altura, con claridad, con honradez mental y humana.

Porque este hombre no quiere hacer prosélitos ni convencernos de nada. Se limita a analizar los hechos del mundo de hoy y a extraer en cada caso su enseñanza. No es una de sus virtudes menores esquivar en cada caso el tópico que se cierne como inevitable peligro en los escritores que, como él, encaran temas actuales.

Porque si al pronto no encontramos el alcance político de más de un

capítulo del libro, luego veremos que todo en él es política en el más limpio sentido de que sea posible todavía henchir tan desprestigiada palabra.

Sin asumir la actitud del militante ni pronunciar con sibilina entonación sonoras parrafadas mesiánicas, el libro de Rafael Calleja está inspirado en un anhelo muy hondo de perfeccionamiento social y humano.

Para mí sobre todo fué su lectura un experimento saludable. Tomé el libro con innegable desconfianza. (No conocía otra obra del autor. Y ahora no me lo perdono.) Pero poco a poco me fué ganando. El sereno discurrir de sus páginas, donde las claras palabras visten diáfamente las claras ideas, me fué presentando y creando nuevos problemas en los que hube de sumergirme trabando tácita y cordial polémica con el autor.

Porque con este hombre se discute sin hinchar el volumen de la voz. Con él puede cultivarse el disentimiento como una de las bellas artes. Los capítulos de su libro, intermedio muy discreto entre la crónica y el ensayo, pueden ser presentados como una lección a quienes escriben en diarios y revistas. Porque en manos de este escritor ninguno de los ingredientes del estilo sufre mengua para favorecer deslealmente al otro.

Y así cuando nos hace la apología del fanatismo o cuando desea para España la cursilería del buen burgués de Francia o cuando mira a Rusia en sus diez años de experiencia comunista, nos dejamos conducir sin arrebatos pero también sin protesta. Estamos en el reino del equilibrio. Reaparece más de una vez el desacuerdo. Oponemos nuestro punto de

vista y seguimos adelante. Nunca sentimos la tentación de saltar una página.

¿En qué reside el interés de este libro? No es fácil explicarlo. Porque no hay que olvidar que muchos de sus capítulos fueron publicados en un periódico español y no siempre los artículos de periódico, que nos sirven para acortar—o alargar—las distancias en los tranvías, resisten la vida del libro.

En este caso ha hecho bien Rafael Calleja salvando a sus artículos del olvido a que los condenaba su origen periodístico. Porque a la claridad de la superficie corresponde la serena transparencia de la profundidad. *Voz y voto* es el libro sin misterio. Hasta cuando una inquietud metafísica (*la otra inquietud*) mueve sus anhelos de buscador de la verdad no advertimos en él otra emoción que la del hombre que, confiado, espera. Espera todo o nada concediendo, acaso, idéntico valor a lo uno o lo otro.

Si no se atribuyera a un afán, que no sentimos, de hacer paradojas resumiríamos nuestra opinión sobre *Voz y voto* diciendo que es un libro triste y optimista, hijo de una mente aristocrática que mantiene todavía la generosa ilusión de elevar la vida mental y material de las masas.

Esto último no lo dice el autor concretamente en ninguna página de su libro. Pero se siente en todas ellas. ¿Y habrá triunfo mayor de un escritor que el de que nos familiaricemos con su espíritu no sólo en lo que dice sino que también en lo que calla?

Libro triste y optimista. Triste porque es profundamente humano. Optimista, porque nos invita a una superación de nosotros mismos.

Libros como este deberían caer en manos de los jóvenes. No contienen ninguna idea de manual, no pretenden dar ninguna panacea, no buscan asombrar a nadie con palabras o ideas insólitas.

Sencillamente describen la trayectoria de un pensamiento. Y como sentimos que ese pensamiento es honrado y pulcro, nos dejamos llevar sin renunciar por ello a nuestras convicciones íntimas. Pero discrepando con el autor en más de una ocasión nunca nos sentiremos vejados por su frase.

Ya no borraremos el nombre de Rafael Calleja de nuestras simpatías literarias. Procuraremos el trato de sus libros para formarnos de él una idea más completa. Porque advertimos demás que este esquema, condensado por su propia naturaleza a recoger una impresión fugitiva, dice muy poco de cuanto cabría expresar en torno a una personalidad tan fina, tan sencilla y tan llena de amor por los problemas esenciales de nuestro tiempo.

El tema de nuestro tiempo, que ya ha pasado a constituir una especialidad entre los pensadores de este siglo, encuentra en Rafael Calleja un intérprete inteligente y sereno. Como no es esta la ocasión ni el sitio de dar mayor desarrollo a estas ligeras anotaciones, clavemos siquiera la flecha de una incitación a la lectura de este libro. Porque su autor, hombre moderno, no dejará insensible a ningún lector ante cuya conciencia se haya presentado el problema de esta época de la humanidad en que, para gloria y tormento nuestro, nos ha tocado vivir llenos de dolores y esperanzas.—*Roberto Meza Fuentes.*